

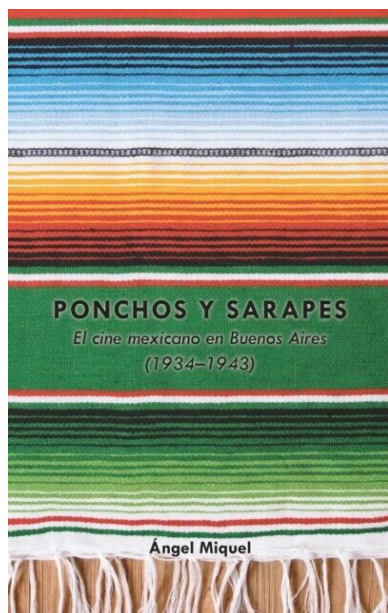
PONCHOS Y SARAPES. EL CINE MEXICANO EN BUENOS AIRES (1934-1943)

Ángel Miquel

Nueva York/ Berna/ Berlín/ Bruselas/ Viena/ Oxford/ Varsovia

Peter Lang, 2021

184 páginas



La historiografía del cine mexicano por lo general ha sido estudiada a través de una periodización cuyo punto de partida son las fechas de estreno de una película en la Ciudad de México. Esa fue la lógica seguida, de manera ejemplar, por el invaluable trabajo de catalogación de Emilio García Riera en su *Historia documental del cine mexicano*, publicada en su segunda y más completa edición en 18 volúmenes entre 1993 y 1997. García Riera clasificó en esa obra las películas cronológicamente por el año de su estreno (casi siempre en la capital), a partir de la creación de los primeros experimentos de cine sonoro en 1929 y hasta 1976. Otro historiador, Aurelio de los Reyes, enfocado en el desarrollo del cine mudo, ha seguido más o menos el mismo sistema en los hasta ahora tres gruesos volúmenes de *Cine y sociedad en México 1896-1931*, aunque en este caso los estrenos se ubican en un contexto social más amplio que el de la historia

del cine y con frecuencia también recreando lo ocurrido en ámbitos regionales.

A diferencia de los anteriores, el historiador Ángel Miquel contribuye en sus investigaciones particulares a generar una periodización distinta, cuyo punto de partida no es el estreno de las películas en México, sino su llegada a otros países. Es decir, en lugar de poner el acento en la producción y exhibición locales, se enfoca en la distribución internacional. Siguiendo esta lógica, Miquel ha publicado hasta ahora artículos sobre el cine mexicano en Santiago de Chile y los libros *Crónica de un encuentro. El cine mexicano en España 1933-1948* y *Ponchos y sarapes. El cine mexicano en Buenos Aires 1934-1943*.

En *Ponchos y sarapes* el autor da cuenta de las relaciones que se establecieron entre la industria cinematográfica mexicana y la argentina, que comienzan en el año 1934 cuando la distribuidora estadounidense Monogram lleva la película *El compadre Mendoza* (1933), de Fernando de Fuentes, al cine Gloria de Buenos Aires. Según muestra Miquel, esta fue la primera cinta mexicana exhibida en el puerto, lo que quiere decir que el comercio cinematográfico anterior a esa fecha (léase el del cine silente) prácticamente no existió. Es interesante la recepción argentina de *El compadre Mendoza*, que sólo permaneció tres días en cartelera; y que el autor documenta recurriendo a la crítica en un diario gremial de la época: «tenemos entendido que ese país ha producido films muy superiores, especialmente en cuanto a la técnica se refiere [...] el desarrollo lento y monótono» (p. 8). Por el contrario, en México se reconoció a *El compadre Mendoza* como una película importante desde su lanzamiento y después ha sido reconocida entre las mejores de la década e incluso del cine del país. Por ejemplo, Jorge Ayala Blanco en *La aventura del cine mexicano* (1991) escribió: «*El compadre Mendoza* instauro, sobre las ruinas de las cosas y los actos humanos, el reino conceptual de una belleza cinematográfica depurada» (p. 21). Por indicios como éste, la recreación hecha por Miquel arroja una luz distinta sobre la recepción del cine mexicano a las hechas por los otros historiadores mencionados. Muy diferente fue la recepción en Buenos Aires de la película *Allá en el Rancho Grande* (1936) del mismo Fernando de Fuentes, recibida de manera unánime como una gran obra. Algunas de sus virtudes fueron enumeradas así por la crítica: «Fragancia, humilde, acendrada, cautivante, de pueblo, con sus esencias madres» (p. 36-37). En realidad, según informa esta investigación, *Allá*

en el *Rancho Grande* fue la primera cinta mexicana que tuvo muy buena acogida en Buenos Aires. Tal fue el éxito de este largometraje que se comparó con películas estadounidenses en castellano como *Viva Villa* (Jack Conway, 1934) y *La Cucaracha* (Lloyd Corrigan, 1934), y se llegó a hablar de la existencia de una posible rivalidad entre la cinematografía mexicana y el emporio de Hollywood. A partir de este éxito, la industria argentina decidió contratar a su protagonista, el cantante y actor Tito Guízar, para hacer en Buenos Aires la película *México, llegó el amor* (Richard Harlan, 1940), producida por Establecimientos Filmadores Argentinos.

Cabe señalar que el periodo estudiado corresponde al de entreguerras y a los primeros años de la Segunda Guerra Mundial, en el que se documenta cómo a través de la Oficina del Coordinador de Relaciones Comerciales y Culturales entre las Repúblicas Americanas (OCAIA) —creada en 1940 por Franklin Delano Roosevelt y coordinada por Nelson Rockefeller— existía una política intervencionista donde el cine, y en particular el cine mexicano, fue apoyado por Hollywood para promover propaganda enalteciendo los valores de los Aliados y la unidad de los países americanos. En este contexto se mencionan las producciones de *Simón Bolívar* (1940), de Miguel Contreras Torres; *Espionaje en el Golfo* (1942), de Rolando Aguilar; *Tres hermanos* (1943), de José Benavides; y la experiencia particular de *Melodías de América* (1942), de Eduardo Morena, una comedia producida en Buenos Aires «que representó —para el actor y tenor mexicano, José Mojica— su despedida del cine y del mundo secular...» (p. 109).

En *Ponchos y sarapes* se estudia la recepción crítica y de público de 73 películas mexicanas estrenadas en el puerto de Buenos Aires entre 1934 y 1943, siendo los directores más representados Fernando de Fuentes, Juan Bustillo Oro, Miguel Contreras Torres, René Cardona, Chano Ureta y Miguel Zacarías. También se recrea el recibimiento de actores mexicanos en Buenos Aires como José Mojica, Lupe Vélez, Ramón Navarro y Cantinflas, quienes realizaron giras artísticas o promocionales de sus cintas. Por otro lado, se documentan los intercambios de intérpretes entre ambas cinematografías, en los que destacan la participación de Guízar y Mojica en cintas argentinas, así como las de los argentinos Vicente Padula y Amanda Ledesma en producciones mexicanas. Estos, de algún modo, prepararon la experiencia de Libertad

Lamarque, quien nació en la ciudad de Rosario, comenzó su carrera con la película *Adiós, Argentina* (Mario Parnagnoli, 1932) y posteriormente se mudó a México donde tuvo un éxito rotundo al lado de Pedro Infante, Jorge Negrete y muchos más.

Escrito con rigor historiográfico, de manera amena y con sencillez, el intercambio entre ambas cinematografías va *in crescendo* a lo largo de los cuatro capítulos de *Ponchos y sarapes*. En particular, se incrementa el número de cintas mexicanas en la ciudad porteña gracias al trabajo de «actores, directores, productores, periodistas, distribuidores y diplomáticos» (p. 138) de ambos países, pero, sobre todo, por el establecimiento finalmente exitoso de distribuidoras argentinas o mexicanas como Procine, Cinematográfica Interamericana, Cosmos Film y Films Mundiales.

El autor muestra cómo la industria cinematográfica mexicana terminó en el primer lustro de los años cuarenta por hacerse mucho más grande económicamente que la industria argentina y la española en cuanto a la producción de películas para públicos en castellano. Por lo tanto, podemos decir que estuvo en condiciones de ejercer el dominio comercial en el mercado latinoamericano, en buena medida gracias al establecimiento de empresas distribuidoras eficientes. Esto se ejemplifica en distintos cuadros comparativos donde se documenta, por ejemplo, que, entre 1936 a 1938, México produjo 120 películas en castellano, Argentina 86, España 65 y Estados Unidos 11 (p. 56); entre 1939 y 1941, Argentina produjo 146, México 105, España 100 y Hollywood 4 películas en castellano (p. 97); y finalmente durante el periodo comprendido entre 1942 y 1946, México estrenó 344 películas, España 200 y Argentina 174 (p. 135). La riqueza documental que contiene el libro se complementa con un anexo que recoge los 73 estrenos de las películas mexicanas en Buenos Aires en el periodo considerado y, en otro, 180 referencias a notas críticas hechas por periodistas de publicaciones porteñas a esas cintas. Por todo esto, *Ponchos y sarapes. El cine mexicano en Buenos Aires* se vuelve un libro de consulta obligada para quienes estén interesados en el cine clásico mexicano y por las relaciones que se establecieron entre éste y otras industrias filmicas en América Latina.

Adriana Estrada Álvarez